



Introducción a la semana

Lun

24

Sep

2018

Evangelio del día

Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Nada hay oculto que no llegue a descubrirse”

Primera lectura

Lectura del libro de los Proverbios 3,27-34:

Hijo mío, no niegues un favor a quien lo necesita, si está en tu mano hacérselo. Si tienes, no digas al prójimo: «Anda, vete; mañana te lo daré.» No trames daños contra tu prójimo, mientras él vive confiado contigo; no pleitees con nadie sin motivo, si no te ha hecho daño; no envidies al violento, ni sigas su camino; porque el Señor aborrece al perverso, pero se confía a los hombres rectos; el Señor maldice la casa del malvado y bendice la morada del honrado; se burla de los burlones y concede su favor a los humildes; otorga honores a los sensatos y reserva baldón para los necios.

Salmo

Sal 14 R/. El justo habitará en tu monte santo, Señor

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua. R/.
El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor. R/.
El que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 8,16-18

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: «Nadie enciende un candil y lo tapa con una vasija o lo mete debajo de la cama; lo pone en el candelero para que los que entran tengan luz. Nada hay oculto que no llegue a descubrirse, nada secreto que no llegue a saberse o a hacerse público. A ver si me escucháis bien: al que tiene se le dará, al que no tiene se le quitará hasta lo que cree tener.»

Reflexión del Evangelio de hoy

No niegues un favor a quien lo necesita

El libro de los Proverbios es una obra sapiencial que nos recuerda cual es el horizonte del hombre sabio y en consecuencia también de su contrario, el necio. El destino de ambos responde a la relación entre la acción de cada uno y su resultado. A una acción prudente le corresponde una situación favorable, mientras que, a una acción irreflexiva, recae un resultado pernicioso.

La lectura de hoy nos instruye sobre nuestros deberes con el prójimo. El autor enuncia una serie de mandatos formulados en negativo: *no niegues...aunque el contenido es positivo: un favor a quien lo necesita*. A las seis prohibiciones le sigue una motivación de carácter teológico: *el Señor concede su favor a los humildes; otorga honores a los sensatos*. Proverbios nos recuerda la necesidad de la generosidad, de cuidar la convivencia entre los seres humanos, y de actuar de manera justa en las situaciones cotidianas. La malicia o la envidia premeditadas traicionan las relaciones de confianza que deben estar presentes en la vida comunitaria. Actuar éticamente lleva a la persona a alcanzar la prudencia y la sabiduría, es decir a encontrarse con lo mejor de sí mismo/a.

La humildad y la sensatez son los caminos por los que han de transitar las personas para alcanzar esa “santidad” a la que estamos llamados y a la que el Papa Francisco nos invita en la *Gaudete et Exsultate*. Solo así podremos colaborar en la construcción de un mundo mejor y más pacificado para todo ser humano, solo así nos abriremos a la bendición de Dios en nuestra vida.

Al que tiene se le dará

Después de explicar la parábola de la semilla, dónde Jesús nos ha hablado de escuchar, aceptar y poner en práctica la Palabra de Dios, ahora el evangelista nos va a narrar la necesidad de irradiarla. Lucas recoge de Marcos la relación entre la Palabra y la luz, pero la llena de intensidad. La luz no sólo nos ayuda a ver la realidad, sino que es ella misma la realidad que hay que contemplar.

Nadie enciende... es lógico que a nadie se le ocurra tapar una lámpara encendida, más bien ésta tiene que cumplir su función que no es otra que iluminar. Jesús ha encendido una luz que ha puesto en manos de sus discípulos para que ellos puedan iluminar a los demás. Esta es la tarea de todo creyente ser portador y testigo de una Palabra que no puede ocultarla, ni apagarla.

Nada hay oculto... porque todo queda patente e iluminado para el oyente que acepta la Palabra. Ya nada hay oculto puesto que la buena noticia del mensaje de Jesús tiene como misión manifestar lo que está escondido para que todo ser humano pueda visibilizar a quién es la luz.

Si me escucháis... el discípulo de Jesús tiene como identidad personal seguir e identificarse con el Maestro. La escucha es una de las actitudes fundamentales que ayuda a acoger la palabra en el corazón y ponerla en práctica. El Reino de Dios ya está aquí es necesario acogerlo y para ello hay que escuchar las palabras de Jesús.

Al que tiene... es decir, aquel que tiene la actitud de discípulo y ha escuchado al Maestro ya ha recibido la luz de la Palabra, de forma que da fruto y va creciendo en el conocimiento de Jesús; mientras que el que oye y no da fruto va perdiendo cada vez más, aunque crea que lo tiene todo, sin embargo, se aleja de lo más importante, del mismo Jesús.

Así que nos toca ver la luz, iluminar para que todos puedan contemplar la salvación que se acerca en la persona y el mensaje de Jesús de Nazaret. Acostumbrarnos a escuchar y comprometernos con la Palabra de la Vida, para que nuestra fe vaya dando su fruto de compromiso, solidaridad y amor.



Hna. Carmen Román Martínez O.P.
Congregación de Santo Domingo

Mar
25
Sep
2018

Evangelio del día

Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Beato Lorenzo de Ripafratta (25 de Septiembre)

“Mi madre y mis hermanos son éstos”

Primera lectura

Lectura del libro de los Proverbios 21, 1-6. 10-13

El corazón del rey es una acequia en manos de Dios, la dirige adonde quiere.
Al hombre le parece siempre recto su camino, pero es Dios quien pesa los corazones.
Practicar el derecho y la justicia Dios lo prefiere a los sacrificios.
Ojos altivos, mente ambiciosa, el pecado es el distintivo de los malvados.
Los planes del diligente traen ganancia, los del atolondrado traen indigencia.
Tesoros ganados por boca embustera son humo que se disipa y lazos mortales.
Afán del malvado es buscar el mal, no mira con piedad a su prójimo.
Cuando el cínico la paga, aprende el inexperto, pero el sensato aprende con la experiencia.
El honrado observa cómo la casa del malvado precipita al malvado en la ruina.
Quien cierra los oídos al clamor del necesitado no será escuchado cuando grite.

Salmo

Sal 118, 1. 27. 30. 34. 35. 44 R. Guiame, Señor, por la senda de tus mandatos

Dichoso el que, con vida intachable,
camina en la voluntad del Señor. R.

Instrúyeme en el camino de tus decretos,
y meditaré tus maravillas. R.

Escogí el camino verdadero,
deseé tus mandamientos. R.

Enséñame a cumplir tu voluntad
y a guardarla de todo corazón. R.

Guíame por la senda de tus mandatos,
porque ella es mi gozo. R.

Cumpliré sin cesar tu voluntad,
por siempre jamás. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 8, 19-21

En aquel tiempo, vinieron a ver a Jesús su madre y sus hermanos, pero con el gentío no lograban llegar hasta él. Entonces lo avisaron:
-Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte.
Él les contestó:
-Mi madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra.

Reflexión del Evangelio de hoy

El Clamor del Necesitado

El libro de los Proverbios, en este día, comienza diciendo: *“El Corazón del rey es una acequia en manos de Dios”*. Una acequia es un canal de agua que sirve para regar, el corazón del rey es un canal donde Dios riega su presencia. Dios es quien pesa los corazones.

Dios prefiere la justicia y el derecho por encima de todo sacrificio, por eso, ***no podemos cerrar los ojos ante el clamor del necesitado***. Y es que el necesitado pone a prueba nuestro corazón. Lo mostrará duro como una roca si nuestros ojos se cierran a su clamor. Lo mostrará misericordioso si nuestros ojos se abren y son capaces de mirar y contemplar su vida, y atender su necesidad.

Es una llamada a los que gobiernan. Los hombres de gobierno no pueden hacer políticas que empobrezcan más a la gente, que no tengan en cuenta un desarrollo social más humano. También es una llamada a la responsabilidad donde la justicia y el derecho se garanticen como algo propio de cuantos forjan los destinos de los pueblos.

El necesitado nos llama, clama al cielo, pero también clama a la justicia social que está en manos de los hombres. No podemos desentendernos con políticas precarias de los más vulnerables, se necesitan políticas integrales que saquen de la pobreza a tantos hombres que la guerra, la crisis, la migración... nos muestran cada día.

¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

A esta pregunta le acompaña una respuesta concreta. No es la misma pregunta que hace Caín, cuándo le pregunta a Dios ¿soy yo acaso guardián de mi hermano? Donde muestra indiferencia y falta de responsabilidad por lo que la envidia le llevó hacer.

Jesús en este caso da un sentido de amplitud. Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen. Le da a María un sentido de maternidad más amplio, por haber escuchado. Y le da a sus hermanos un sentido de familia más amplio por haber escuchado la palabra de Dios. Pero no todo queda en la escucha.

A este gesto le acompaña el cumplimiento. La Palabra de Dios compromete la vida entera. Jesús quiere reunir en un solo pueblo, en una sola familia por medio de su palabra a cuantos le escuchan. Él es ese rey del libro de los Proverbios con el corazón regado por las manos de Dios. Un rey que le conmueve la justicia y el derecho.



Fr. Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Beato Lorenzo de Ripafratta

Lorenzo nació en el castillo de Ripafratta, cerca de Pisa (Toscana, Italia). Entró, siendo ya diácono, en la Orden por la predicación del beato Juan Domínici. Fue durante sesenta años observante perfecto de la vida regular y encarnación de la reforma, lleno de paciencia en las adversidades, fecundo y eficaz en la predicación e infatigable en la administración del sacramento de la penitencia. Murió en Pistoia (Toscana) el 27 de septiembre de 1456 y su cuerpo se venera en la iglesia de Santo Domingo. Su culto fue confirmado en 1851.

Del Común de pastores o de religiosos.

Oración colecta

Oh Dios, que colmaste al beato Lorenzo del amor a la observancia regular y del ardor de la caridad; concédenos, por su intercesión, que, haciendo siempre lo más perfecto, lleguemos a los gozos eternos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Mié

26
Sep

2018

Evangelio del día

Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Despójate de los impedimentos para poder caminar ligero y libre”

Primera lectura

Lectura del libro de los Proverbios 30,5-9:

La palabra de Dios es acendrada, él es escudo para los que se refugian en él. No añadas nada a sus palabras, porque te replicará y quedarás por mentiroso. Dos cosas te he pedido; no me las niegues antes de morir: aleja de mi falsedad y mentira; no me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan; no sea que me sacie y reniegue de ti, diciendo: «¿Quién es el Señor?»; no sea que, necesitando, robe y blasfeme el nombre de mi Dios.

Salmo

Sal 118 R/. Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor

Apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu voluntad. R/.
Más estimo yo los preceptos de tu boca
que miles de monedas de oro y plata. R/.
Tu palabra, Señor, es eterna,
más estable que el cielo. R/.

Aparto mi pie de toda senda mala,
para guardar tu palabra. R/.
Considero tus decretos,
y odio el camino de la mentira. R/.
Detesto y aborrezco la mentira,
y amo tu voluntad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,1-6

En aquel tiempo, Jesús reunió a los Doce y les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios y para curar enfermedades. Luego los envió a proclamar el reino de Dios y a curar a los enfermos, diciéndoles: «No llevéis nada para el camino: ni bastón ni alforja, ni pan ni dinero; tampoco llevéis túnica de repuesto. Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si alguien no os recibe, al salir de aquel pueblo sacudíos el polvo de los pies, para probar su culpa.» Ellos se pusieron en camino y fueron de aldea en aldea, anunciando el Evangelio y curando en todas partes.

Reflexión del Evangelio de hoy

Toda palabra de Dios es acrisolada

No tratemos de corregir la Palabra de Dios. Aquí leemos que está ya acrisolada. En el crisol ha sido fundida y purificada y, cuando llega al hombre, a nosotros, ya está perfecta, no en camino.

Tratar de corregir la Palabra la transforma en mentira, en falsedad. Es muy frecuente que nosotros, incluso con la mejor intención, transmitamos nuestras opiniones como si fueran palabras de origen divino. Me gustaría ser lo suficientemente sabio y humilde para, mientras mis dedos recorren el teclado, distinguir mis opiniones, mis deseos, mi necedad, de la palabra que debo predicar y saber borrar lo erróneo, lo mío, para que quede patente y limpio el mensaje que el espíritu, y ojalá sea el Espíritu, quiera que transmita.

El fragmento termina con una hermosa petición: “No me des pobreza ni riqueza; concédeme solamente el pan necesario”.

No llevéis nada para el camino

Los tres sinópticos narran este suceso. El Maestro decide enviar a los doce en misión de aprendizaje. Da poderes sobre los malos espíritus, capacidad de curación, y un importante mandato: No llevéis nada para el camino.

Jesús envía a sus seguidores a anunciar la Buena Noticia en unas condiciones que hoy nos resultarían casi inadmisibles. ¿Cómo nos pondríamos en camino dejando en casa las tarjetas bancarias, los teléfonos móviles, el portátil, el maletín sin la ropa de repuesto o la bolsa de aseo? No lo entendemos, puede que no lo queramos entender, porque nos hemos creado unas necesidades que no son totalmente reales.

Cuando Santo Domingo, nuestro fundador, se encontró con el fracaso de los legados pontificios en las tierras albigenses, comprendió que no se podía evangelizar a los herejes desde el boato, la riqueza y la prepotencia y puso los cimientos de la que llegaría, en pocos años, a ser la Orden de Predicadores. Domingo entendió que la pobreza, la sencillez y la humildad eran tres columnas sobre las que se debería levantar el edificio de la predicación. Sin estas tres columnas, el edificio terminaría agrietado y viniéndose abajo.

Unos años más tarde, con el disgusto de casi todos los miembros de la orden, decide separarlos y, al igual que hizo Jesús, dispersarlos de dos en dos, sin alforjas, sin dineros en la faja, con un humilde cayado en el que apoyarse cuando faltaran las fuerzas.

Las situaciones en el Pueblo de Dios se siguen reproduciendo. La Iglesia, tal vez solo parte de la Jerarquía a la que identificamos como iglesia, dice que tiene una opción preferencial por los pobres, pero lo hace desde el poder y la riqueza y el resultado es evidente: los templos se vacían y hombres y mujeres huyen de una organización que debería ser una familia, pero que se ha transformado en un instrumento de poder.

Nos falta hacer caso a Jesús: abandonar todo lo que huelga a poder y riqueza y desde la desnudez con la que los apóstoles marchan a la misión encomendada por el Maestro, marchar nosotros, los cristianos, a buscar la conversión de hombres y mujeres que posiblemente estén esperando una predicación coherente con la vida del predicador.

¿Estamos dispuestos a emprender la misión sin equipaje?



D. Félix García O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Viveiro (Lugo)

Jue
27
Sep
2018

Evangelio del día

Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Vicente de Paúl (27 de Septiembre)

“Y tenía ganas de verlo”

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiastés 1,2-11:

¡Vanidad de vanidades, dice Qohelet; vanidad de vanidades, todo es vanidad! ¿Qué saca el hombre de todas las fatigas que lo fatigan bajo el sol? Una generación se va, otra generación viene, mientras la tierra siempre está quieta. Sale el sol, se pone el sol, jadea por llegar a su puesto y de allí vuelve a salir. Camina al sur, gira al norte, gira y gira y camina el viento. Todos los ríos caminan al mar, y el mar no se llena; llegados al sitio adonde caminan, desde allí vuelven a caminar. Todas las cosas cansan y nadie es capaz de explicarlas. No se sacian los ojos de ver ni se hartan los oídos de oír. Lo que pasó, eso pasará; lo que sucedió, eso sucederá: nada hay nuevo bajo el sol. Si de algo se dice: «Mira, esto es nuevo», ya sucedió en otros tiempos mucho antes de nosotros. Nadie se acuerda de los antiguos y lo mismo pasará con los que vengan: no se acordarán de ellos sus sucesores.

Salmo

Sal 89 R/. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación

Tú reduces el hombre a polvo,
diciendo: «Retornad, hijos de Adán.»
Mil años en tu presencia son un ayer que pasó;
una vela nocturna. R/.
Los siembras año por año,
como hierba que se renueva:
que florece y se renueva por la mañana,
y por la tarde la siegan y se seca. R/.
Enseñanos a calcular nuestros años,
para que adquiramos un corazón sensato.
Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo?
Ten compasión de tus siervos. R/.
Por la mañana sácianos de tu misericordia,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.
Baje a nosotros la bondad del Señor
y haga prósperas las obras de nuestras manos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,7-9

En aquel tiempo, el virrey Herodes se enteró de lo que pasaba y no sabía a qué atenerse, porque unos decían que Juan había resucitado, otros que había aparecido Elías, y otros que había vuelto a la vida uno de los antiguos profetas.
Herodes se decía: «A Juan lo mandé decapitar yo. ¿Quién es éste de quien oigo semejantes cosas?» Y tenía ganas de ver a Jesús.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Vacidad sin sentido; todo es vacidad”

Si alguien se topase por primera vez con este pasaje del Eclesiastés, sospecho que quedaría sorprendido por su amplio pesimismo. No hay ni una sola expresión con color positivo. “Vacidad sin sentido, todo es vacidad... qué saca el hombre de todas sus fatigas que lo fatigan bajo el sol... todas las cosas cansan, nadie es capaz de explicarlas”. Triste, muy triste sería la vida del que pensase así.

Sabemos que estamos ante una lectura del Antiguo Testamento, pero nosotros los cristianos debemos interpretarlo todo, también el Antiguo Testamento, desde Jesús de Nazaret, nuestro Maestro y Señor, nuestro permanente referente. Sabemos que la llegada de Jesús a nuestra tierra supuso “una gran alegría para todo el pueblo”, nos aseguró que había llegado hasta nosotros para darnos “vida y vida en abundancia” y no tristeza y tristeza en abundancia. Se preocupó de marcarnos los caminos que llevan a nuestra felicidad... ahí están los ocho caminos que nos indica en sus bienaventuranzas, justamente para que seamos bienaventurados, felices, en nuestro complicado vivir terreno. Nos promete una alegría que “nada ni nadie será capaz de arrebatarnos” y nos asegura que nuestra vida va a terminar bien, y que el mal, que a veces nos visita en esta vida, va a ser vendido para siempre. “Venid, benditos de mi Padre a disfrutar del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo”.

Nos encontramos con el famoso y pesimista inicio del libro del Eclesiastés. Resalta sólo la parte negativa de la existencia humana. Ve la botella medio vacía y no medio llena. Dice algunas verdades y se calla otras muchas más positivas. Lo cierto es que si alguien hace suyas las palabras de este pasaje... tiene muchas papeletas para vivir deprimido. Conviene recordar que el Antiguo Testamento hay que interpretarlo a la luz de Jesús y su evangelio. Nunca vemos a Jesús pronunciando estas palabras del Eclesiastés. Su venida fue “una alegría para todo el pueblo”, sus palabras contenían vida y no tristeza y nos vino a regalar vida abundante para nuestra existencia terrena, y vida plena y total felicidad para después de nuestra muerte.

“Y tenía ganas de verlo”

Desde el principio de su predicación, Jesús empezó a tener fama. Su hablar sonaba distinto al de otros predicadores, sus enseñanzas sobre Dios, un Dios Padre y nada de juez severo, que nos hace a todos los hombres hijos suyos y que tiene siempre levantada su mano para perdonar nuestros desvaríos y despistes hasta setenta veces, su trato preferencial a los pobres, a los enfermos que acudían a él para ser curados de sus dolencias, sus milagros en favor de los que le seguían, sus recriminaciones a los que se creían más que los demás, sus promesas de vida y felicidad eternas para después de nuestra muerte... En más de una ocasión, el evangelio recoge que

después de una actuación y predicación de Jesús, muchos quedaban asombrados y decían, “pero ¿quién es este?”.

También al virrey Herodes, el que mandó decapitar a Juan el Bautista, le llegó la fama de Jesús. “Y tenía ganas de verlo”. Pero bien sabemos que su deseo de verlo no pasaba de la mera curiosidad o del temor a que este nuevo profeta le pudiese echar en cara la muerte de Juan. No quería verlo para escuchar limpiamente su palabra, con la posibilidad de cambiar de vida y apuntarse a lo que Jesús, como Hijo de Dios, proponía... No entraba en los cálculos de Herodes hacerse seguidor de Jesús.

A propósito de lo que acabamos de decir, nos podemos preguntar, con ánimo sereno, si después de seguir a Jesús, cada uno dirá desde cuando, seguimos con la ilusión de ver a Jesús, de escuchar su voz... porque cada día estamos más convencido de que seguir sus pasos es la mejor manera de vivir nuestra vida y llenarla de ilusión y de esperanza.

El predicador Jesús, muy distinto del predicador de Eclesiastés, empezaba a tener fama por sus palabras especiales, por su curaciones, por su hablar distinto de los predicadores habituales, por su amor especial a los pobres, los afligidos, por sus promesas de felicidad para esta vida y para la otra... Su fama llegó al virrey Herodes, el que mandó decapitar a Juan. “Y tenía ganas de verlo”.

Pero bien sabemos que su deseo de verlo no pasaba de la mera curiosidad o del temor a que este nuevo profeta le pudiese echar en cara la muerte de Juan. Nunca su actitud fue la del “limpio de corazón”, del que está dispuesto a oír lo que dice Jesús y si descubre que sus palabras y sus propuestas son especiales, llevan al sentido y a la esperanza, cambia de vida. Por lo que sabemos, Herodes no tenía intención de cambiar de vida. La pregunta que nos podemos hacer, sin sobresaltos, sin temores, pero sí con ánimo de cambiar lo que necesitamos cambiar... es ¿por qué nosotros tenemos ganas de ver y oír a Jesús?

[San Vicente de Paúl](#) nació en Aquitania (1581) y murió en París (1600). Fundó la Congregación de la Misión para el servicio de los pobres, y también, con la ayuda de Santa Luisa de Marillac, la Congregación de la Hijas de la Caridad. “El servicio a los pobres ha de ser preferido a todo, y hay que prestarlo sin demora. Por esto, si en el momento de la oración hay que llevar a algún pobre un medicamento o un auxilio cualquiera, id con el ánimo bien tranquilo y haced lo que convenga, ofreciéndolo a Dios como una prolongación de la oración”.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Vicente de Paúl

El embajador de los pobres, el padre de los pobres, el siervo de los pobres, el apóstol de la caridad, el paladín de la caridad, el genio de la caridad, un constructor de la iglesia moderna, el gran santo del gran siglo..., son algunos de los títulos que distintos biógrafos han dado a Vicente de Paúl en el afán de condensar en una sola frase la vida polifacética del santo fundador de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad. Todas ellas aciertan en cierta medida, pero ninguna consigue expresarlo en su totalidad.

Una infancia campesina

Vicente de Paúl era de origen campesino y pobre. Había nacido a fines del XVI, el martes de Pascua de 1581 o 1580, según distintos cálculos en Pouy, un pueblecito del Sur de Francia vecino a Dax, en el seno de una modesta familia de campesinos libres.

Según su primer biógrafo, el muchacho dio pronto muestras de una singular piedad, de un agudo sentido de la caridad cristiana y de una viva inteligencia. Su padre, buen observador, decidió que había que darle carrera. Ahora bien, carrera, en el cerrado horizonte de la sociedad estamental en que crecía Vicente, significaba hacerse sacerdote.

Con esta intención, y aconsejado por el juez de la localidad, señor de Comet, lo llevó un buen día al colegio de los franciscanos de Dax. Del colegio de los franciscanos, Vicente pasó a la universidad, o mejor a las universidades, pues estudió una temporada en la de Zaragoza y luego en la de Toulouse. El 23 de septiembre de 1600, Vicente recibía la ordenación sacerdotal.

Desventuras juveniles

[...] Para ganar el jubileo del fin de siglo, Vicente realizó su primer viaje largo, que le llevó hasta Roma. No consiguió la parroquia, pero, en cambio, se conmovió hasta las lágrimas pisando las huellas de los mártires en las arenas del Coliseo. Es una de las pocas anécdotas edificantes que Vicente cuenta de sí mismo.

A la vuelta de Roma, después de este primer fracaso, Vicente continuó cuatro años estudiando en Toulouse. [...] Y entonces sobrevino lo inesperado, uno de esos sucesos imprevistos que cambian el curso de una vida. Al regreso de un viaje a Marsella, adonde había ido persiguiendo una herencia, el barco en que viajaba hacia Narbona fue asaltado por tres bergantines berberiscos. Vicente, herido en una pierna, fue hecho prisionero con el resto de la tripulación, llevado a Túnez y vendido allí como esclavo. Pasó por varios amos. El cuarto era un renegado de Niza, que lo llevó al interior del país para cultivar sus tierras. Allí iba a encontrar Vicente el camino de su liberación. Una de las mujeres del renegado, musulmana de nacimiento, gustaba de ir al campo donde Vicente trabajaba. Un día le invitó a cantar. Vicente entonó con nostalgia y sentimiento el salmo de la cautividad: Junto a los ríos de Babilonia..., y luego, con esperanza y devoción, la Salve Regina. La mujer quedó impresionada de aquellos acentos y por la noche dijo a su marido que había hecho mal en dejar una religión tan bella. El renegado sintió renacer en él, acaso no la había perdido nunca, la vieja fe de su juventud. El caso es que, puesto al habla con Vicente, le prometió que en poco tiempo encontraría el medio de escaparse juntos a Francia, Pasaron diez meses. Por fin, en el verano de 1607, a bordo de un pequeño esquife, amo y criado emprendieron a escondidas la azarosa travesía del Mediterráneo. El 28 de junio lograban arribar a Aguas Muertas. Desde allí se trasladaron a Aviñón, donde el vicelegado Pedro Montorio acogió públicamente al renegado con lágrimas en los ojos y sollozos en la gargama. A Vicente lo incorporó a su séquito y se lo llevó consigo a Roma.

Pero no habían terminado todavía las desventuras de Vicente. En Roma, monseñor Montorio lo mantuvo durante meses con vanas promesas. Cansado de esperar, Vicente regresó a su país probablemente a principios de 1609 y se instaló en París con el propósito de gestionar la adquisición de algún beneficio eclesiástico que le permitiera ser provechoso para su familia. Nunca volvería a salir de Francia. Sus años de peregrinación habían terminado.

Llevar el Evangelio a los pobres

[Tras varias labores pastorales], una gran familia de la nobleza, los Gondi, a la que pertenecían el obispo de París y el general de las Galeras de Francia, Felipe Manuel de Gondi, necesitaba un capellán. Bérulle pensó en Vicente y lo envió a aquella casa como capellán, director espiritual de la señora, Margarita de Sully, y preceptor de sus hijos. Vicente entró en el castillo de la poderosa familia dispuesto a cumplir sus deberes lo mejor posible. Sólo que, sin que él lo sospechara, era allí donde le iba a ser revelada su vocación definitiva.

Un día de enero de 1617 se encontraba Vicente acompañando a la señora de Gondi, en el castillo de Folleville, por tierras de Picardía. Desde la cercana localidad de Gannes llegó el aviso de que un campesino moribundo quería ver al señor Vicente. Éste acudió inmediatamente a la cabecera del enfermo y le animó a que hiciese confesión general de toda su vida. Aquel hombre tenía fama de honrado y virtuoso. Pero en su conciencia ocultaba pecados que nunca había confesado. Ahora los declaró todos. Vicente tuvo el sentimiento de que, en un último momento de gracia, arrancaba un alma de las garras del maligno. El campesino sintió lo mismo. De no haber sido por aquella confesión general, se hubiera condenado eternamente. Le invadió un gozo incontenible. Hizo entrar en la pobre estancia a su familia, a sus vecinos, a la misma señora de Gondi y confesó públicamente pecados que antes no había osado revelar en secreto. Daba gracias a Dios, que le había salvado por medio de aquella confesión general. La señora de Gondi se estremeció de terror: «Señor Vicente: ¿qué es lo que acabamos de oír. Si este hombre, que pasaba por hombre de bien, estaba en estado de condenación, ¿qué ocurrirá con los demás, que viven tan mal.? ¡Ay, señor Vicente, cuántas almas se pierden! ¿Qué remedio podemos poner?»

De común acuerdo, Vicente y la señora encontraron uno. La semana siguiente Vicente predicaría en la iglesia de Folleville un sermón sobre la confesión general y la manera de hacerla bien. Se escogió para ello el miércoles 25 de enero, fiesta de la Conversión de San Pablo, Vicente habló con claridad y fuerza. Instruyó, conmovió, arrastró. «Dios bendijo mis palabras», dice él sobriamente. La gente acudió en masa a confesarse. Vicente y el sacerdote que le acompañaba no daban abasto. Hubo que pedir ayuda a los jesuitas de Amiens, de lo que se encargó la señora. Aun así se vieron desbordados por la afluencia de penitentes. En los días siguientes repitieron la predicación y las exhortaciones en las aldeas vecinas, siempre con el mismo éxito clamoroso. Fue una revelación. Vicente sintió que aquella era su misión, aquella era para él la obra de Dios: llevar el Evangelio al pobre pueblo campesino.

En los meses siguientes, Vicente se entregó con ardor a la tarea de predicar misiones. Pero le disgustaba tener que dedicar tanto tiempo a las confesiones de la señora y a la instrucción de sus hijos. Secretamente le pidió a Bérulle que le liberase de aquella servidumbre. Bérulle le buscó otro empleo. Le envió de párroco a un pueblecito de la diócesis de Lyon, Châtillon-les-Dombes. Sin despedirse de los Gondi, Vicente se trasladó a su nueva parroquia. Reemprendió los trabajos que había desempeñado en Clichy y, en poco tiempo, logró transformar en fervorosa una feligresía mediocre y tibia. Estando en ello, tuvo la segunda gran revelación.

La misión y la caridad organizada

Un domingo de agosto, mientras se revestía para la misa, le avisaron de que en las afueras del pueblo, una pobre familia se encontraba en estado de extrema necesidad. Vicente aprovechó la homilía para exponer a los fieles la situación. Su compasión fue contagiosa o, como él diría, «Dios tocó el corazón» de los oyentes. Por la tarde, cuando él se dirigía a visitar a aquella familia, fue encontrando por el camino, con sorpresa suya, multitud de personas que iban o venían del mismo caritativo cometido. Vicente administró los sacramentos a los más graves. Vio también la gran cantidad de socorros que los feligreses habían aportado. Aquel espectáculo despertó sus reflexiones. «Esta caridad no está bien ordenada», pensó. Era necesario organizarla.

Tres días más tarde, Vicente reunió a un grupo de piadosas señoras y las animó a crear una asociación para asistir a los pobres enfermos de la villa. Las damas se comprometieron a empezar la buena obra al día siguiente, realizando el servicio cada día una, por orden de inscripción. Vicente redactó un reglamento, lo hizo aprobar por el vicario general de la diócesis y erigió formalmente la cofradía el día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada. Había nacido la primera asociación de caridad.

Así fue como Vicente descubrió en la doble experiencia de 1617 las dos indigencias que aquejaban a los pobres: el hambre y la falta de instrucción religiosa, con sus dos gravísimas secuelas: la muerte física y la condenación eterna. Él lo resumiría más tarde en una frase lapidaria: 'Los pobres se mueren de hambre y se condenan'. Pero al mismo tiempo descubrió los dos grandes remedios con que había de hacer frente a ambos males: la misión y la caridad, los dos cauces de su vocación.

La señora de Gondi no estaba dispuesta a privarse de su capellán. Puso en juego todas sus influencias, incluida la de Bérulle, para hacerle regresar a su casa. Así tuvo que hacerlo Vicente en la Navidad de aquel mismo año, 1617. Pero lo hizo con una doble condición: que le dieran un ayudante en el cargo de preceptor de los pequeños Gondi y que se le permitiera dedicar su tiempo libre a la predicación de misiones por las aldeas. Poco después entró en contacto con otra gran personalidad que influiría notablemente en su pensamiento, el obispo de Ginebra, San Francisco de Sales (-24 de enero), que, llegado a París con una misión diplomática, se hospedó en la casa de los Gondi. Vicente le trató asiduamente y el fundador de la Visitación, a su marcha de la capital, confió la dirección del primer monasterio de París a aquel desconocido sacerdote, que, a sus ojos, empezaba ya a ser un santo.

Las dos grandes fundaciones

Los años que van desde 1617 a 1633 están ocupados en la vida de Vicente por una gran actividad fundacional. Ante todo, la Congregación de la Misión, o, como él decía simplemente, la Misión.

Entre 1618 y 1625, Vicente misionó todas las tierras de los Gondi, marido y mujer: un total de 30 ó 40 núcleos de población, y en todos ellos fundó la Cofradía de la Caridad. En sus correrías misioneras, se dio cuenta de que necesitaba ayudantes. La señora de Gondi quería hacer de las misiones una fundación permanente. Entonces sugirió a Vicente que fundase una nueva [Congregación]. La idea, que acaso acariciaba ya el propio Vicente, se abrió paso en su espíritu poco a poco.

El pequeño grupo de misioneros estaba formado por cuatro sacerdotes, de los cuales el primero era el fiel Antonio Portail. El arzobispo de París, un Gondi, les cedió para residencia un antiguo colegio universitario de la Sorbona, el de Bons Enfants, del que Vicente fue nombrado principal, haciendo valer para ello su flamante título de licenciado en Derecho Canónico. Allí residieron hasta que, en 1632, la naciente congregación adquirió, por donación de su titular, el viejo y espacioso priorato de San Lázaro, a las puertas de París.

Y empezaron a misionar. Fueron los años heroicos. Los misioneros, dos, tres o cuatro sacerdotes, iban de aldea en aldea, dejando a un vecino la llave de su residencia. Apenas llegados al lugar y descargado el ligero equipaje, empezaban unas jornadas de intensa predicación. Cada misión era como una nueva fundación del cristianismo. Según el tamaño de la población, el trabajo podía prolongarse hasta cinco o seis semanas e incluso dos meses. Nunca bajaba de quince días ni siquiera en las más pequeñas aldeas. El horario se acomodaba al ritmo laboral. Por la mañana temprano, el sermón sobre las grandes verdades, las virtudes y los pecados más ordinarios. A la una de la tarde, el catecismo de los niños. Al anochecer, finalizado el trabajo del campo, el gran catecismo, en el que se explicaban a los adultos los artículos del credo, la oración dominical, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los sacramentos y el avermaría.

Pero no se trataba de un cursillo meramente teórico. La exposición de las verdades —misión catequética— iba acompañada de energéticas exhortaciones al cambio de vida. Conforme a las recomendaciones de Trento y la experiencia personal de Vicente, «ésta es mi fe y mi experiencia», la misión culminaba con la confesión general y se clausuraba con una bonita fiesta eucarística. Era un cursillo intenso de cristianismo en que todos habían participado. El pueblo, tanto tiempo des-cuidado, descubría como una novedad el tesoro de su fe adormecida. Para coronar su obra, las misiones terminaban invariablemente con la fundación de la cofradía establecida por primera vez en Châtillon.

Vicente se preocupó en seguida de obtener para su congregación la aprobación de la Santa Sede. Tras laboriosas gestiones, el papa Urbano VIII por la bula *Salvatoris nostri*, de 12 de enero de 1633 aprobaba la Congregación de la Misión.

En los primeros años, la congregación se dedicó exclusivamente a la predicación de misiones, pero muy pronto la providencia le deparó otro campo de apostolado: la reforma del clero. En 1628, el obispo de Beauvais, Agustín Potier, habló a Vicente de la necesidad de instruir pastoral y espiritualmente a los jóvenes aspirantes al sacerdocio. La obra se extendió pronto a otras diócesis y, en particular, a la de París. De ella nacería en 1633 otra institución vicenciana, las Conferencias de los martes, asociación de eclesiásticos que se comprometían a reunirse una vez por semana para estudiar algunos puntos de moral o liturgia y meditar sobre los deberes sacerdotales.

Entretanto, Vicente no descuidaba el segundo aspecto de su vocación, la caridad corporal. Las misiones habían difundido, por una gran parte de Francia, la cofradía fundada en Châtillon. Muchas parroquias de París la habían establecido. Pero surgió un problema. Las damas de la capital se resistían a ejercer personalmente los humildes oficios exigidos por la asociación, sobre todo el de llevar la comida y cuidar a los enfermos en sus domicilios. Vicente concibió entonces un nuevo proyecto, una comunidad de mujeres que se dedicaran exclusivamente a esos menesteres. La estrecha relación que desde 1624 sostenía con una de las Damas de la Caridad, Luisa de Marillac, viuda de Antonio Le Gras, y el encuentro casual con una candorosa muchachita campesina, Margarita Naseau, deseosa de servir a los pobres, le proporcionaron los medios para llevarlo a cabo. Puso a la joven y a otras, que poco a poco se le fueron juntando, bajo la dirección de la señora Le Gras y en el domicilio de ésta formó el 29 de noviembre de 1633 la Compañía de las Hijas de la Caridad.

De este modo, en 1633, Vicente había puesto en pie todas las instituciones, mediante las cuales iba a poder acometer en su larga y fecunda vida sus grandes realizaciones.

[San Vicente de Paúl] Expiró el 27 de septiembre, a las cinco menos cuarto de la mañana, sentado junto al fuego y rodeado de todos los suyos y bendiciendo una por una todas las obras que había puesto en marcha. Su última jaculatoria fue la invocación: «Dios mío, ven en mi auxilio», y su última palabra, el nombre de Jesús. Un testigo ocular dice que permaneció bello y más majestuoso que nunca». Fue beatificado el 21 de agosto de 1729 y canonizado el 16 de junio de 1737.

José María Román, C.M.

Vie
28
Sep
2018

Evangelio del día

Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Santos Lorenzo Ruiz, Domingo Ibáñez de Erquicia y cc.mm. (28 de Septiembre)

“Jesús anuncia su pasión, muerte y resurrección”

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiastés 3,1-11:

Todo tiene su tiempo y sazón, todas las tareas bajo el sol: tiempo de nacer, tiempo de morir; tiempo de plantar, tiempo de arrancar; tiempo de matar, tiempo de sanar; tiempo de derruir, tiempo de construir; tiempo de llorar, tiempo de reír; tiempo de hacer duelo, tiempo de bailar; tiempo de arrojar piedras, tiempo de recoger piedras; tiempo de abrazar, tiempo de desprenderse; tiempo de buscar, tiempo de perder; tiempo de guardar, tiempo de desechar; tiempo de rasgar, tiempo de coser; tiempo de callar, tiempo de hablar; tiempo de amar, tiempo de odiar; tiempo de guerra, tiempo de paz. ¿Qué saca el obrero de sus fatigas? Observé todas las tareas que Dios encomendó a los hombres para afligirlos: todo lo hizo hermoso en su sazón y dio al hombre el mundo para que pensara; pero el hombre no abarca las obras que hizo Dios desde el principio hasta el fin.

Salmo

Sal 143 R/. Bendito el Señor, mi Roca

Bendito el Señor, mi Roca,
mi bienhechor, mi alcázar,
baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y mi refugio. R/.
Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él?; ¿qué los hijos de Adán para que pienses en ellos?
El hombre es igual que un soplo;
sus días, una sombra que pasa. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,18-22

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas.» Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Pedro tomó la palabra y dijo: «El Mesías de Dios.» Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Todo tiene su tiempo y momento

Es uno de los textos más conocidos del libro del Eclesiastés. En forma de poema en su redacción original, el autor desea abarcar la totalidad de nuestro arco temporal, tal como los humanos lo percibimos y vivimos. En afirmaciones que se nos presentan bajo la forma de contraste trata de incluir en sus contrastes todo el tiempo humano, así como sus quehaceres más señeros, desde el nacer hasta el morir, si bien lo hace sin ningún tipo de criterio ordenador y lógico.

Puede que el texto, a nosotros cristianos, nos deje cierta sensación de pesimismo al reflejar la existencia de ocasiones para construir y para destruir, para lo bueno y su contrario, a nosotros que, por creencia y evangelio, somos optimistas; pues si bien, para el israelita, el hombre sabio era el que actuaba en la ocasión propicia, en el momento oportuno, para la ética profética ayer, y para el creyente hoy, la sabiduría bíblica tiene mucho que ver con la fidelidad a Yahvé entonces, y ahora con el rastreo fiel a la Palabra del Señor, la que da vida y marca el camino.

Porque reconocemos a Jesús el Señor, como el que rige nuestra historia y toda la de nuestro mundo, y tras él, en su fiel seguimiento, disponemos de la mejor oportunidad para ser levadura de humanización en estos nuestros tiempos que, también, son del Señor.

El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho

Ni silencian ni camuflan los tres evangelios lo que intercambia Jesús con sus discípulos acerca de su identidad, así como el anuncio de su pasión, muerte y resurrección. Y algo importante: todo esto se nos narra en un contexto orante que sugiere la trascendencia del momento. Se da por concluido el recorrido de Jesús con sus discípulos por la Galilea y se da paso a la subida a Jerusalén, la parte más difícil de su camino.

En el diálogo que sostiene Jesús con los suyos, la gente aparece un tanto despistada respecto al Señor, no así los discípulos que ya han entendido que es el Mesías de Dios, el esperado, y Pedro, una vez más, es su acertado portavoz. Sin embargo Jesús impone silencio a los suyos, justo antes de indicarles su fin próximo, en la perspectiva nada halagüeña de la cruz.

¿Por qué? Quizá porque la fe mesiánica, sin la cruz, resulta nada convincente, parcial e insuficiente. Para evitar malentendidos, Jesús anuncia su pasión, muerte y resurrección, algo así como el resumen de lo que resta del relato del evangelio. Todo en estrecha relación con el plan salvador de Dios, tal como lo expresan las Escrituras.

El remate, que no consta en la lectura de hoy, es el seguimiento: evento salvador que solo se explica por la vocación de disfrutar del Dios de Jesús: vivirlo como Padre, buscarlo como hijos suyos y servirlo siempre como hermanos.

¿Cuándo asimilaremos en nuestras comunidades que el seguimiento de Jesús no casa con la búsqueda de honores, por pequeños que éstos sean?

Hoy recordamos con un apretado ramillete de gratitud y gloria en honor de los frailes dominicos que, en distintos momentos, fueron elocuentes testigos de la fe en Cristo Jesús y, en su nombre y servicio fraterno, derramaron su sangre. Encabeza esta [martirial relación](#) Domingo Erquicia, quien, junto a todos sus compañeros fueron canonizados en 1987.



Fr. Jesús Duque O.P.
Convento de Santo Domingo de Scala-Coeli (Córdoba)

Santos Lorenzo Ruiz, Domingo Ibáñez de Erquicia y cc.mm.

El 18 de febrero de 1981, Juan Pablo II beatificaba en Manila a Lorenzo Ruiz, padre de familia filipino muy vinculado a los dominicos, a catorce compañeros mártires dominicos, encabezadas por Domingo Ibáñez de Erquicia. Y el 18 de octubre de 1987 canonizaba al primer santo mártir filipino: el Beato Lorenzo Ruiz, con sus compañeros de martirio y de beatificación. Por ser el protomártir filipino es Lorenzo el que encabeza el grupo de los 16 mártires de la familia dominicana que dieron su vida por el Evangelio en Nagasaki, entre 1633 y 1637.

El panorama que al padre Domingo Ibáñez de Erquicia y demás misioneros dominicos se les presentaba cuando llegaron a Japón entre 1620 y 1637 no podía ser más aterrador. Desde el punto de vista puramente humano, su llegada a este país significaba ir a una muerte segura precedida de horribles tormentos; agua ingurgitada y arrojada por presión en el vientre, incrustación de agujas o cañas afiladas entre las uñas de los dedos, hoguera a fuego lento, etc. Los métodos de tortura para hacer apostatar habían ido recrudesciéndose con respecto a otras formas empleadas en periodos anteriores. A pesar de todo, los misioneros seguían llegando y la mayor parte de los cristianos japoneses se mantenían firmes en la fe. El grupo de mártires que encabezaban San Lorenzo Ruiz y Santo Domingo Ibáñez de Erquicia pertenece a esta época, en que la persecución anticristiana alcanza su clímax para terminar, en 1639, con el cierre hermético del país a toda relación con Portugal y España.

Es la época en que empuña las riendas del gobierno militar el shogun Tokugawa Iemitsu (1623-1651), que había heredado de sus antecesores el odio hacia el cristianismo. La presencia de los dominicos en Japón había comenzado en 1602 y, hasta el presente, ya habían muerto por la fe casi todos los que por entonces entraron en este país. El primer grupo -Beatos Alfonso Navarrete y 19 compañeros-, y segundo grupo integrado por setenta y dos terciarios, catequistas, cofrades y bienhechores de los dominicos fueron santificados en su mayoría durante los shogunados del fundador de la dinastía, Tokugawa Ieyasu, y de su hijo Hidetada. Ahora les llegaba la hora del testimonio martirial a los que entraron y predicaron el mensaje cristiano en tiempos de Iemitsu. Es el grupo cuya Memoria litúrgica se celebra en este día.

Es un grupo variado en etnias, en estados de vida, en situaciones sociales. Hay en él hombres y mujeres, sacerdotes y laicos. Sin embargo, a la hora de confesar el nombre de Cristo todos compartieron la fortaleza en el tormento, la esperanza en la resurrección con Cristo, la grandeza de corazón para perdonar a los perseguidores. Ofrecieron su vida durante el mandato despótico e intransigente de un shogun que, decidido a destruir todo vestigio cristiano en Japón, dijo en sus últimos años estas palabras: «Mientras el sol caliente la tierra, no se permitirá la entrada de ningún cristiano en Japón; y sepan todos que, aunque sea el rey de España y aun el verdadero Dios de los cristianos o el mismo Buda, los que se atrevieren a contravenir esta orden lo pagarán con la cabeza».

Los hechos confirmaron su propósito. Durante los 28 años de su shogunado fueron sacrificados la mayor parte de los cuatro mil mártires de aquella época de la historia japonesa. Para colmo, en 1639, cerró Japón a todo influjo comercial, cultural y religioso procedente de Portugal y España. Con esto quedó oficialmente cerrada toda labor evangelizadora en territorio japonés, donde religiosos jesuitas, franciscanos, agustinos y dominicos, y numerosos laicos japoneses habían trabajado heroicamente en la difusión del mensaje cristiano.

Sin embargo, el proyectado exterminio del cristianismo no fue total. Quedó un núcleo de cristianos japoneses escondidos en las islas del Sur, que mantuvieron su fe a lo largo de varios siglos hasta la apertura de Japón a Occidente, a finales del siglo XIX. Entonces los descendientes de aquellos mártires emergieron como pequeña comunidad cristiana después de transmitir de padres a hijos su fe en Cristo, su devoción a la Virgen María y su fidelidad al papa. Así renació de las cenizas de las persecuciones la Iglesia de Japón, hoy continuadora de la evangelización que llevaron a cabo aquellos misioneros.

San Lorenzo Ruiz de Manila

Hijo de padre chino y madre filipina, nació en Binondo, Manila, en 1600. Sirvió desde muy joven en el convento e iglesia de los dominicos Binondo, donde recibió formación cristiana. Llegó a ser escribano y llevó una vida de piedad y dedicación a hacer obras de caridad. Contrajo matrimonio y tuvo tres hijos. Hacia 1636 fue acusado de complicidad en un homicidio y, perseguido por la justicia, buscó refugio en los dominicos. Gracias a la intervención del padre Antonio González pudo salir de la embarazosa situación.

Justamente por entonces el padre Antonio González preparaba la expedición a Japón, y Lorenzo, con intención de saltar a tierra en Macao, se adhirió al grupo de pasajeros. Pero, debido a los vientos, el barco se desvió a Okinawa, donde fueron todos arrestados y encarcelados. Fue durante el año que permanecieron reclusos en la prisión de Okinawa cuando se robusteció la fe de Lorenzo hasta el punto de decidirse a confesar ante los perseguidores sus convicciones cristianas.

La prueba tuvo lugar al verse ante el tribunal de Nagasaki. Aunque vacilante al principio, luego recuperó el coraje de declararse cristiano y «dispuesto a dar mil veces la vida por Dios». Confiado en la intercesión del padre Antonio, sacrificado antes que él, se atrevió incluso a retar a los jueces: «Ahora ya podéis hacer de mí lo que bien os parezca». Durante el paseo por la ciudad, fue rezando oraciones y jaculatorias y, ya en la colina de Nishizaka, sufrió la tortura del agua ingurgitada que soportó con heroica entereza y paciencia. Murió el 29 de septiembre de 1637 y sus cenizas fueron arrojadas al mar. Es el primer santo mártir de la Iglesia filipina.

Santo Domingo Ibáñez de Erquicia

Nacido en Régil (Gipúzcoa) en 1589, ingresó en la orden dominicana en el convento de San Telmo de San Sebastián. Siendo todavía estudiante de teología se alistó para predicar el Evangelio en el lejano Oriente y en 1611 se encontraba ya en Filipinas. Un año después recibió la ordenación sacerdotal en Manila y le fue encomendado el ministerio en Pangasinán, luego en Binondoc y posteriormente en Manila, como profesor del colegio de Santo Tomás.

Por el año 1622 sólo quedaban en Japón dos misioneros dominicos y los superiores decidieron enviar a aquel país a cuatro religiosos. El padre Domingo Ibáñez de Erquicia fue uno de ellos y en octubre de 1623 desembarcó en Nagasaki, con tan mala fortuna que, apenas puesto el pie en tierra nipona, salió un decreto shogunal que prohibía a los españoles permanecer en el país y cortaba radicalmente las relaciones con Filipinas. En efecto, el padre Domingo con sus compañeros zarparon, pero, tras navegar unas ocho leguas, una pequeña

embarcación, preparada por el padre Domingo Gastellet, salió a su encuentro y los devolvió a la costa japonesa. Comenzaron entonces una vida de clandestinidad.

Superior de la misión dominicana durante diez años, el padre Ibáñez realizó heroicos esfuerzos para confortar a los cristianos, reconciliar a los apóstatas y administrar los sacramentos en medio de huidas, caminatas nocturnas, escondites en cuevas y en montones de paja. Y, al fin, muy buscado por las autoridades, fue recluido en la cárcel de Nagayo, en Ómura. [Fue torturado] y entregó su alma al Señor el 14 de agosto de 1633. Su cadáver fue reducido a cenizas para que los cristianos no veneraran sus restos.

San Antonio González

Jesús González Vallés O.P.

Sáb

29

Sep

2018

Evangelio del día

Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario

Hoy celebramos: Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael (29 de Septiembre)

“La mirada que sigue mirando”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Daniel 7,9-10.13-14:

Durante la visión, vi que colocaban unos tronos, y un anciano se sentó; su vestido era blanco como nieve, su cabellera como lana limpiísima; su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas. Un río impetuoso de fuego brotaba delante de él. Miles y miles le servían, millones estaban a sus órdenes. Comenzó la sesión y se abrieron los libros. Mientras miraba, en la visión nocturna vi venir en las nubes del cielo como un hijo de hombre, que se acercó al anciano y se presentó ante él. Le dieron poder real y dominio; todos los pueblos, naciones y lenguas lo respetarán. Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin.

Salmo

Sal 137,1-2a.2b-3.4-5.7c-8 R/. Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor

Te doy gracias, Señor, de todo corazón;
delante de los ángeles tañeré para ti,
me postraré hacia tu santuario. R/.

Daré gracias a tu nombre:
por tu misericordia y tu lealtad,
porque tu promesa supera a tu fama;
cuando te invoqué, me escuchaste,
acreciste el valor en mi alma. R/.

Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra,
al escuchar el oráculo de tu boca;
canten los caminos del Señor,
porque la gloria del Señor es grande. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1,47-51

En aquel tiempo, vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño.»

Natanael le contesta: «¿De qué me conoces?»

Jesús le responde: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.»

Natanael respondió: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.»

Jesús le contestó: «¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores.» Y le añadió: «Yo os aseguro: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Nos encontramos con un pasaje del profeta Daniel que narra la visión del anciano y del ser humano. Comienza diciendo: “seguía mirando” y lo repite varias veces (v. 9; 11; 13). Nosotros podemos detenernos en la acción de ver, mirar. Cuando uno mira, capta más la escena, percibe los detalles, se fija más concretamente. .. Así pues, ve los vestidos blancos como la nieve, los cabellos como lana, el trono como llamas, las ruedas como fuego. Y los libros que se abren llevan inscritos todos los actos humanos. Aquí con la mirada se enriquece

el texto.

El libro del profeta Daniel es de género apocalíptico, su finalidad es sostener la fe y la esperanza de los perseguidos. Con la visión que tiene el profeta se descubre el poder, el honor y el reino del anciano venerable. Su mirada nos dice que el poder de Dios es eterno, que todos le sirven y le tributan honor y que el reino de Dios no se acaba.

El salmo de la liturgia de este día nos recuerda la alegría y la acción de gracias del salmista, que hacemos nuestra, porque la promesa del Señor de escucharnos siempre que lo invocamos, acrecienta el valor en nuestras almas.

Demos siempre gracias a Dios de todo corazón delante de los ángeles. Y ofrezcamos nuestra mirada, nuestro sacrificio, nuestra alabanza para que llegue a Él través de la presencia de los ángeles.

Déjate acompañar y síguele

Los versículos del Evangelio que encontramos hoy narran la mirada que Jesús fija en Natanael, que ha despreciado todo lo que viene de Nazaret; pero Jesús lo mira y lee en el interior de su corazón. Se pasa de una mirada humana llena de prejuicios, a una mirada de fe que va más allá de las apariencias.

Jesús nos llama a seguirlo por mediación de otras personas, pero nosotros al igual que Natanael nos creamos prejuicios de Jesús, pero Él en lugar de reprendernos por nuestra actitud nos invita a seguirlo. Si nos dejamos acompañar seremos capaces de seguirlo y contemplaremos cosas mayores.

Los ángeles están de moda en los nuevos movimientos religiosos o culturales. En la Biblia también están muy presentes. Se les presenta como agentes de Dios en la historia de la salvación, pero no son objeto central del credo cristiano. En la Tradición de la Iglesia, se celebra de manera conjunta a estos tres Ángeles, que tienen nombre propio, recibido por su misión.

El Papa San Gregorio Magno en una homilía sobre los Evangelios (nº 34, 8-9,) dice que “los Ángeles transmiten mensajes de menor importancia mientras que **los Arcángeles** anuncian cosas de gran trascendencia”. San Miguel, el poderoso príncipe nos anuncia que Dios desciende al pecado de los hombres; San Gabriel, el que anuncia a María como madre de la Iglesia, que Jesús es el Mesías y nos comunica que “nadie puede dar muerte a nuestra alegría”. San Rafael, el peregrino que nos acompaña en el camino y nos dice que la luz del mundo nos ilumina. Ellos son los siervos de la Gloria del Señor que nos protegen en el cielo y en la tierra.

La mirada de Dios no es sólo agradable, es benéfica. No nos encuentra amables, nos hace amables. Nada es tan grato para nosotros como saber que siempre estamos bajo la mirada de Dios. Nos ilumina en el camino, nos enseña el verdadero valor de las cosas y nos hace ver si son obstáculos o medios. Y nos permite iluminar a los demás.



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio Stma. Trinidad y Sta. Lucía (Orihuela)

Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael

La fe de la Iglesia

La angelología no se presenta, hoy día, como campo en el que la investigación teológica se mueva cómodamente. Comenzando por la misma existencia de los ángeles, encontramos claras actitudes de rechazo que los relegan al mundo mitológico exclusivamente, o se recalca en el desconcierto de no saber exactamente a qué atenerse en este tema. Es evidente que otro es el campo de las representaciones e imaginaria con que se presentan, así como el de las jerarquías angélicas indicadas en sus respectivas designaciones onomásticas.

No es éste el lugar de entrar en toda esa problemática; se trata de recoger la fe de la Iglesia, tal como actualmente se nos ofrece, concretamente en el ámbito de las celebraciones litúrgicas, en orden a su memoria y veneración.

El Catecismo de la Iglesia católica afirma: La existencia de seres espirituales, no corporales, que la Sagrada Escritura llama habitualmente ángeles, es una verdad de fe. El testimonio de la Escritura es tan claro como la unanimidad de la Tradición» (n.º 328). El nombre de «ángel» no es nombre de naturaleza, sino de oficio, de función. Por su naturaleza es 'espíritu», por su función es "ángel" (cf. San Agustín: Psal. 103, 1, 15).

La Carta a los Hebreos (1, 14) los define como «espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación». Su nombre hebreo mal'ak, o griego anguelos, los define como mensajeros».

La fe de la Iglesia en la existencia de los ángeles toma vida y se traduce en oración, en el culto litúrgico, lo que es de capital importancia, según el principio de *lex orandi, lex credendi*, ya que la liturgia es la expresión concreta de la fe vivida. La liturgia celebra la fe bíblica y la tradición doctrinal de la Iglesia.

La liturgia ha unificado en este día, con categoría de fiesta, la veneración de los llamados arcángeles: Miguel, Gabriel y Rafael. Sus nombres hacen referencia a sus funciones de intermediarios entre Dios y los hombres, así como ejecutores de sus órdenes y transmisores de sus mensajes.

El Arcángel San Miguel

Lógicamente la fuente de información básica sobre el Arcángel Miguel ha de buscarse en la revelación bíblica, Mi-ka-'el, literalmente significa „¿quién como Dios?», y está en consonancia con su misión e intervenciones.

La liturgia, que le da culto desde el siglo V, asume el papel protector del arcángel Miguel, tanto en la celebración de la palabra en la misa (primera lectura), como en la liturgia de las horas, en antifonas y oficio de Lectura. En la lectura patristica, fragmento de una «homilía de San Gregorio Magno, papa, sobre los Evangelios», podemos leer: «... Cuando se trata de alguna misión que requiera un poder especial, es enviado Miguel, dando a entender por su actuación y por su nombre que nadie puede hacer lo que sólo Dios puede hacer. De ahí que aquel antiguo enemigo, que por su soberbia pretendió igualarse a Dios..., nos es mostrado luchando contra el arcángel Miguel, cuando, al fin del mundo, será desposeído de su poder y destinado al extremo suplicio, como nos lo presenta Juan: Se trabó una batalla con el arcángel Miguel.

Miguel es jefe de la milicia celestial; la Contrarreforma lo convierte en defensor de la Iglesia ante la reforma protestante.

El Arcángel San Gabriel

«Dios es fuerte» o «héroe de Dios», es su significado. Como dice San Gregorio Magno (oficio de lectura del día) «... se les atribuyen nombres personales, que designan cuál es su actuación propia..., ya que a través de estos nombres conocemos cuál es la misión específica para la cual nos son enviados.

Este ángel Gabriel es el «enviado por Dios..., a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (1, 26). El mensaje que transmite es sorprendente y trascendente: sin duda el más importante de la historia de la salvación; se trata del cumplimiento, de forma insólita, de todas las anteriores Escrituras: la llegada del Mesías, revelado como «Hijo del Altísimo... y será llamado Hijo de Dios».

Con razón dice San Gregorio Magno (oficio de Lectura): «Los (ángeles) que anuncian cosas de gran trascendencia se llaman arcángeles. Por esto, a la Virgen María no le fue enviado un ángel cualquiera, sino el arcángel Gabriel, ya que un mensaje de tal trascendencia requería que fuese transmitido por un ángel de la máxima categoría... A María le fue enviado Gabriel, cuyo nombre significa «Fortaleza de Dios», porque venía a anunciar a aquel que, a pesar de su apariencia humilde, había de reducir a los principados y potestades. Era, pues, natural que aquel que es la fortaleza de Dios anunciara la venida del que es Señor de los ejércitos y héroe en las batallas.

En el relato de Lucas, el protagonista parece el ángel Gabriel. Mas éste debe tal prerrogativa al designio que comunica. Por consiguiente, Gabriel viene asociado por Lucas con el mensaje. Y, en tal caso, el diálogo pierde en dimensión histórica lo que gana en profundidad teológica. Queda, en realidad, claro que Gabriel, aun siendo el protagonista, carece de importancia «personal» y recibe toda su relevancia del mensaje que transmite» (Antonio Salas).

El Arcángel San Rafael

Rafael significa «Dios cura». Sólo disponemos de la fuente bíblica, del libro de Tobías para hacernos una idea de su identidad y misión.

Rafael se presenta bíblicamente como: protector y compañero en nuestro caminar (también por el camino de la vida), sanador de nuestras cegueras (también espirituales), vencedor del demonio y del mal, abogado defensor en las dificultades de la vida, intercesor ante Dios en favor nuestro. Es uno de los siete grandes ángeles presentes ante la gloria del Señor...

Pero su misión y su protagonismo aparente tienen como finalidad la expresada por él mismo al revelar su identidad: «No temáis. La paz sea con vosotros. Bendecida Dios por siempre. Si he estado con vosotros..., ha sido por voluntad de Dios. A él debéis bendecir todos los días, a él debéis cantar... Y ahora bendecid al Señor sobre la tierra y confesad a Dios. Mirad, yo subo al que me ha enviado...» (12, 17-20).

La devoción dedicada a Rafael fue promovida en el siglo XVI, al instituir el culto del ángel custodio, el obispo de Rodez, Francisco de Staing, en 1526. Patrón de boticarios y médicos, protege también a los viajeros.

En todos los casos, las intervenciones angélicas reseñadas, tienen a Dios como protagonista principal, y a la persona humana (individual o colectiva) como beneficiarias. El ángel-arcángel en tanto tiene protagonismo en cuanto transmisor de ese mensaje, siempre salvífico y benefactor. La conclusión siempre debe ser el consejo de Rafael: «Benedicid a Dios por siempre», porque, en realidad, es él quien está actuando,

Sus atributos son: cayado de mensajero (cetro a veces), lirio que reemplaza al cayado o cetro, rama de olivo, filacteria que lleva la salutación angélica «Ave María gratia plena...

Ángel Olivera Miguel

El día **30 de Septiembre de 2018** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).